CARLOS A. LLOGA DOMÍNGUEZ
Casa del Caribe
Santiago de Cuba

¿Has visto alguna vez un mudo que sea espiritista?

¿Has visto alguna vez un mudo que sea espiritista? Eso me preguntaba un practicante para explicar que el buen funcionamiento del espiritismo estriba en "decir las oraciones", "cantar los himnos y trasmisiones" y "dar la caridad". *¡El espiritismo es cantado!* –decía-- *¡Si no hay cantos de alabanza las comisiones no escuchan!*[1]

Estas declaraciones de un espiritista cruzado[2] me tomaron por sorpresa ya que, a decir verdad, nunca he visto un mudo espiritista, y tampoco había pensado la práctica religiosa que nos ocupa en tales términos. Traigo el tema a colación, sin embargo, porque me parece oportuno para dar continuidad a mis propias reflexiones[3] en torno a lo que se entiende por "espíritu" en la experiencia cordonera cubana. Los deliberes que vengo proponiendo son el resultado, por un lado, de la observación participante en muchos cordones durante casi dos años de investigación; y por el otro, de entrevistas realizadas a espiritistas cordoneros de Bayamo, Manzanillo, Guisa, Santa Rita, Holguín, Baire, Las Tunas, Florida y Camagüey; aunque la fuente principal de lo que aquí escribo ha sido la sociedad espiritista "Buscando Luz y Verdad", de Monte Oscuro[4].

La práctica cordonera tiene una estrecha relación con la muerte. Como todo espiritismo, su entelequia gira en torno a la comunicación con los difuntos. Sin embargo, esta relación / convivencia es compleja y puede ser estudiada desde variados puntos de vista.

El hombre, en tanto que ser natural, tiene un cuerpo material (físico / biológico / carnal) y un alma, que es el aspecto inteligente / moral / sentimental del ser creado. Esta dualidad en apariencia incompatible se resuelve en la unidad que solemos llamar "persona". Es decir; el alma y el cuerpo son partes complementarias de la misma cosa: la persona.

La dualidad entre cuerpo y alma tiene mucha –demasiada—pertinencia en nuestra cultura y el médium cordonero no puede dejar de sentir la división, toda vez que la materialidad del cuerpo propio es una evidencia palpable *aquí y ahora*; y porque es a través del cuerpo que se percibe al mundo. Así, el cuerpo es el sensor de un YO comprometido con el mundo exterior que lo estimula y del cual participa. Y ese cuerpo / YO está condenado a experimentar los estímulos cada vez con mayor dificultad, a deteriorarse, a envejecer. Su destino consiste en evadirse / vaciar su tiempo-presente y el espacio que ocupa, en desaparecer, en dejar de estar cual cuerpo material, y --eventualmente separado del alma-- en dejar definitivamente de ser. La muerte se sabe inevitable. He ahí por qué la muerte es percibida como un límite, una frontera, porque es un final del *aquí y ahora* del YO percibiente.

Sin embargo, para el espiritista de cordón, la muerte es el punto final solo en el devenir del cuerpo. Para ellos el alma tiene continuidad después de la defunción en una nueva condición de "espíritu desencarnado".

Ahora bien, al desembarazarse de la rémora de la carne, el espíritu se libera de la necesidad de ocuparse del YO / cuerpo (físico / individual) y se coloca en una mejor posición para ayudar-ocuparse de "todos", al decir de los cordoneros, "de la humanidad". De manera que es a través de la muerte que el espiritista de cordón alcanza la posibilidad total de cumplir su misión de ayudar a la humanidad. Desde esa postura, pues, la muerte significa *libertad*: en su condición de espíritu desencarnado se alcanzará la libertad plena para ser útil, no al cuerpo propio que ha dejado de ser-estar, sino a todos los otros y, cumpliendo esa misión en favor de los otros, podrá entonces avanzar en su evolución como espíritu individual porque ha escapado del tiempo natural que constriñe a los que permanecen "vivos".

La teología cordonera no cambia el devenir humano, pero resignifica la categoría del vivir. El cordonero no vive para morir [o hasta morir], sino que la perspectiva de la muerte le sugiere la plenitud del vivir.

Y es que la continuidad del existir después de la muerte que tiene el "espíritu desencarnado", adquiere significado [para los cordoneros vivos], a partir de las acciones y las actitudes que este espíritu asumió durante el tránsito por el mundo de los vivos; luego, es la continuidad de la vida la que da sustancia a la vida que acaba. Al realizar "el cambio" la acciones pasadas del espíritu antes de desencarnar, se destemporalizan para alcanzar la trascendencia espiritual o, para decirlo en otros términos, alcanzan una dimensión cultural.

Esas acciones legadas por los muertos sirven de guía para los vivos, cumplen una función orientadora y justificadora de los hechos / actitudes / decisiones de los vivos. El pasado se resignifica al manifestarse en el presente, e incluso, cuando se proyecta hacia el futuro. Es por ello que el retrato de Salustiano Olivera preside desde lo alto el quehacer del templo de Monte Oscuro. Es por ello que cada 16 de noviembre, cordoneros de todas partes desbordan el pequeño rincón granmense, y el clamor de las trasmisiones se escucha desde muy lejos agradeciendo las enseñanzas del espiritista-mambí. La vida de Salustiano Olivera rebasa la frontera

---

[1] Entrevista a Dilvenis Lorente Ruiz realizada el 7 de mayo de 2010 en la Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
[2] Espiritismo cruzado es la clasificación que el propio Dilvenis hace de su quehacer
[3] LLOGA DOMÍNGUEZ, Carlos: "La muerte y los muertos en el espiritismo de cordón". Ponencia presentada en la XI Conferencia Internacional Cultura Africana y Afroamericana. Santiago de Cuba, Centro de Convenciones Heredia, abril 2010 [publicada en las actas del evento].
[4] Es con estos cordoneros con los que hemos compartido con mayor frecuencia y participado en un sin número de sesiones en su templo de Monte Oscuro.

temporal de su propia muerte para guiar a los cordoneros –encarnados y desencarnados— en su gestión de entender / enfrentar el futuro que se les echa encima.

La muerte, pues, se encarga de fabular lo inefable de la vida mediante los "espíritus de luz"; y esto es condición y necesidad para que el espiritista de cordón pueda navegar / soportar / construir / reconstruir / disfrutar de la vida. Nuestra vida encarnada [pasada y presente] puede haber sido o no parte de la existencia de los espíritus que nos guían hoy; pero la huella que esos espíritus dejaron al pasar por la vida, sí que forma parte de nuestro devenir actual porque pasa a ser sustancia de nuestra cultura. Luego, su vida cobra significado a través de la muerte, pero lo hace en nuestra vida del *aquí* y del *ahora.* Si no es en nuestra vida, ni la vida ni la muerte de los espíritus guías tendrían la posibilidad [ni la necesidad] de existir.

La posibilidad de comunicación entre vivos y muertos nos acerca a la perspectiva *teúrgica*[5] del cordón. Una vez constituida la cadena de hombres y mujeres que entrelazan manos y pensamientos, y que estos comienzan el trabajo imbuidos por el ritmo de la danza y la "trasmisión" cantada, el cordón se convierte en un formidable generador de energía humana. Su objetivo consiste en crear y distribuir esa energía apropiadamente a fin de propiciar la manifestación de los Espíritus. Los médiums aseguran que cuando se enlazan en el cordón y "laboran" sienten, de manera digamos que "material", la llegada de los espíritus.

Así pues la percepción de los difuntos que acuden al cordón tiene lugar a través de sensaciones corporales. En ocasiones los cordoneros dicen que "durante la labor sintieron una gran angustia y apretazón en el pecho"; o por el contrario, que "se sintieron embargados por una gran alegría o sentimiento de bienestar"; también se habla de una sutil "corriente" que les recorre el cuerpo, dolores de cabeza y otros; pero la presencia más conspicua es el trance donde "el espíritu baja y posee al médium", utilizándolo para poder expresarse.

Por su parte, los difuntos que se manifiestan en el cordón muestran diferentes grados de definición. Los hay recién llegados y desconocidos por los asistentes pero de clara constitución; es decir, el médium "ve una señora alta, con un vestido tal, y que se encuentra en tal situación"; y los hay indefinidos cuando el cordonero expresa simplemente que "un espíritu me puso que tal cosa estaba sucediendo o iba a suceder", sin especificar la imagen que tenía el espíritu ni su identidad, etc. Muy importantes son los difuntos que "pertenecen al templo" porque siempre acuden a las sesiones. Por lo general se trata de personas que cuando estaban vivos fueron miembros de la sociedad en cuestión y a los que se les tiene mucha fe. En Monte Oscuro, por ejemplo, se manifiestan con bastante frecuencia los espíritus de Amalia Olivera (hija de Salustiano que según dicen trabajaba un espiritismo un tanto distinto al de su padre), Romualdo Luaces, María de Souza, Armando "Mandy" Hechavarría, Tula Lemes, Irma Labrada, Tico Villalón, y otros. Para ocasiones muy importantes puede llegar el mismísimo Salustiano Olivera. Todos estos espíritus son conocidos personales o "de oídas" de los asistentes porque son de la casa. Sin embargo, también suele aparecer en momentos muy difíciles *El Congo de la Luz,* a quien nadie conoció en vida pero que es "miembro fundador del Centro" porque fue el espíritu que indujo a Salustiano a practicar el espiritismo en ese lugar.

Los aparecidos son, en consecuencia, *representámenes* de comportamientos / referentes de la vida en general, son personas [¿virtuales?] que han trascendido el constreñimiento del aquí-ahora, para pervivir en la atemporalidad / historicidad de la cultura, y que los espiritistas hacen "regresar" al tiempo natural mediante la labor del cordón.

El médium que sirve de instrumento para la comunicación siempre encuentra algo más en la "caridad" que trasmite, un sentido mucho más rico que el significado *strictu sensu de* las palabras pronunciadas, algo de lo que él mismo se sorprende y sin lo cual lo dicho no sería percibido como "puesto por el espíritu", sino como un simple consejo extraído de su acervo personal / terrenal. Se trata, como veremos más adelante, de una suerte de pensamiento intuitivo, muchas veces *naïf,* un sentido *otro* que asiste al cordonero en su gestión misionera. Pero esa visión / espíritu no puede de forma alguna ejecutar las diligencias humanas. Muchas veces he escuchado el regaño de los médiums a los implorantes diciéndole "…El Espíritu te quiere ayudar: te sugiere y te aconseja; pero el éxito de lo tuyo depende de lo que tú mismo puedas hacer. Déjate guiar, pero actúa, porque El Espíritu no puede actuar por ti".

Los espíritus son advocaciones de difuntos que "bajan" para realizar obras concretas. Ellos no son seres que anden "por si acaso" paseando por el espacio a la expectativa de que suceda algo, o como el caza fortunas que sale a la calle "a ver qué se le pega". Tampoco son pensamientos tácitos, confusos, pertenecientes a una cultura general / impersonal y difusa aún sin constituir discursivamente. Los espíritus se manifiestan oportunamente para cumplir misiones definidas y, por lo tanto, tienen una estructura expresiva real. Aun cuando el médium no sepa interpretar la misión que trae en el preciso momento de la aparición, **el espíritu se proyecta con relación a un cuerpo / grupo / situación colocado realmente en el campo perceptivo de ese médium**, no como cierta idea / cosa fantasmal o monstruo de ciencia ficción; sino como polo de las acciones teúrgicas y comunicativas del cordonero, como vehículo / herramienta dirigido a un objetivo / fin que es el de "dar la caridad".

Ahora bien, ¿cómo explicar las apariciones de los difuntos en el devenir de los vivos?

Según creo entender [partiendo del hecho de que el objetivo final del rito del cordón consiste en "dar la caridad"; es decir, que los "implorantes" reciban / escuchen los "relatos", dichos por los médiums a nombre de las

[5] Entiendo por *teúrgia*, junto con Gustavo Bueno, la actividad, acción u obra divina que no es ejecutada por un Dios o entidad trascendente de manera directa, sino a través de hombres que operan los prodigios mágicos. En este sentido, la actividad del cordón para "bajar muertos" y comunicarse con ellos es *teúrgia.* El *teúrgo* mantiene con el *teólogo –explica Gustavo Bueno*-- una relación comparable a la que el ingeniero mantiene con el físico teórico. BUENO, Gustavo: *La fe del ateo.* Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2007. P. 380.

entidades trascendentes, sobre contingencias / hechos / eventualidades de sus vidas], "los espíritus" no son más que **estructuras de la comunicación**, actualizadas referencialmente desde la cultura, dentro de un marco de enunciación bien definido que es el cordón espiritista.

Desde este punto de vista no es difícil darse cuenta de que estamos en presencia del archiconocido esquema *emisor mensaje receptor*, donde al médium corresponde fungir como origen del mensaje por cuanto, en la vida real, es de su cuerpo físico de donde sale la materialización sonora del enunciado; por su parte el mensaje está representado por "la caridad" que se da en ese acto; y el receptor no es otro que el "implorante".[6] No se trata, pues, de fenómenos esotéricos sino de una forma característica de **praxis social**.[7] De ahí que sea muy importante tener en cuenta que

> Tomar en consideración el papel de la praxis significa, en primer lugar, reconocer la íntima ligazón de la actividad material de los hombres con su actividad sensoroperceptiva y ver ésta, precisamente, como **actividad**, y como actividad **socialmente condicionada** [ya que toda praxis humana es**,** por esencia, praxis **social].** En segundo lugar, significa reconocer el condicionamiento mediato de la actividad síquica superior [la **noesis** o pensamiento] por el factor práctico social, es decir, por mediación de la **éstesis** ya socialmente condicionada: los contenidos del pensamiento **sensu stricto** o pensamiento lógico (abstracto) no tienen ni pueden tener otra fuente que los sentidos del hombre, no pueden ser sino productos elaborados de la actividad sensoroperceptual. En el mismo sentido en que la praxis social de los hombres, tanto la directa como la indirecta (acumulada a lo largo de la historia de la sociedad en sus diversos productos), "educa" los sentidos, también cabe decir que "educa" la noesis, tipo de actividad humana síquica superior cuyo surgimiento y desarrollo ulterior descansan sobre la firme base de la compleja actividad práctico-sensorial. En tercer lugar, por otra parte, tomar en cuenta el papel de la praxis significa admitir, con Engels [**Papel del trabajo en la hominización del mono**], que es la complejización de la actividad práctica de los hombres, con sus crecientes necesidades, el factor que hace, a la vez, **posible** y **necesario** el surgimiento de la **semiosis** lingüística, es decir, del lenguaje".

De tal forma, para definir al "espíritu" podemos remitirnos a lo postulado por A. A. Leontiev en torno a los principios de organización del mecanismo lingüístico de los humanos:

1. Durante la generación del discurso se utilizan ordenadamente dos repertorios de reglas: las reglas de representación del contenido significado en forma de sistemas de "enunciados" predicativos en el código del habla interior; y las reglas de traducción de este sistema de "enunciados" al código del lenguaje natural.
2. Las reglas del primer tipo dependen del carácter de la motivación y de la situación comunicativa del enunciado.
3. El código del habla interior tiene una naturaleza de s e n t i d o (como solía comprender el sentido de la personalidad L. N. Leontiev) y opera tanto con palabras aisladas o sus componentes como con "imágenes y esquemas".
4. Es oportuno establecer diferencias funcionales de las tres formas de habla interior. La "repetición interior"; es decir, la actividad fisiológica oculta de los órganos de articulación, que aparece en determinados casos e imita en mayor o menor grado los procesos que tienen lugar durante el habla real; precisamente este fenómeno es el que A. N. Sokolov llama habla interior. Luego, "el habla interior" propiamente dicha; es decir, la utilización del código no discursivo interior para la solución de una u otra tarea no comunicativa (la mayor de las veces cognoscitiva). Esta puede estar acompañada de articulación interior pero no necesariamente. Por último, la "programación interior" del enunciado; es decir, la utilización del código interior para la planificación de toda la enunciación (o el contenido correspondiente para retenerlo en la memoria operativa, para comprenderlo, como apoyo durante la traducción de una lengua a otra, y cosas por el estilo).

El programa interior o esquema de la enunciación no es lo mismo que la organización sintáctica de la enunciación; en presencia de distintas instancias de afasia dinámica se viola ora la "programación interior", ora el proceso de estructuración gramatical de la enunciación, su esquema sintáctico.[8]

Así, encontramos que lo que el espiritista de cordón llama "espíritu" ha de buscarse en esa primera instancia de generación / programación del discurso donde comienza a perfilarse la enunciación desde un amasijo de palabras, imágenes y esquemas, a la que el médium / emisor tiene acceso por la vía de la renuncia a la titularidad de su personalidad o Yo-ante-la-sociedad, para transformarse en vector / herramienta de un *él* (espíritu) que es en definitiva quien da culminación al proceso y "traduce", desde su personalidad *otra*, lo que se ha de comunicar a la lengua natural [y a la gestualidad] que corresponda. Así es como dan la caridad cada uno a su manera "la comisión africana", o "la comisión india", o los espíritus con nombres y apellidos como Salustiano Olivera, o *El Congo de la Luz*, el legendario espíritu guía del Centro de Monte Oscuro.

Según la manera en que perciben y/o trabajan con el espíritu, los médiums suelen clasificarse en "médiums auditivos", "visuales", "de traspaso", "de rompimiento", y otros. Pero todos ellos se combinan en la rítmica labor

---

[6] Suele ocurrir, por supuesto, que el receptor de "la caridad" sea otra persona que no esté participando del cordón en calidad de "implorante" –por demás no necesariamente presente—pero, por lo pronto, no me ocuparé de tales detalles porque lo que me interesa aquí es el esquema general del proceso.

[7] *Cfr.: FIGUEROA ESTEVA, Max: La dimensión lingüística del hombre*. La Habana, Ciencias Sociales, 1983. P. 170

[8] LEONTIEV, A. A.: "Niekotorie novie tendentsii v sovietskoi psijolingüistike" en *Selección de textos de psicolingüística bajo la redacción del lic. Félix Mendoza Martínez.* Ciudad de La Habana, Universidad de La Habana, Facultad de Lenguas Extranjeras, Departamento de Literatura y Lengua Rusas. 1981. P. 44.

del cordón. Así, conjugando sus poderes, dicen las oraciones, cantan himnos y trasmisiones, y hacen hablar a los muertos que nos “dan la caridad”. Por eso la pregunta de mi entrevistado llama a la reflexión. Por eso también yo les pregunto a ustedes, “espíritus encarnados” del mundo natural: *¿Acaso han visto alguna vez un mudo que sea espiritista?*